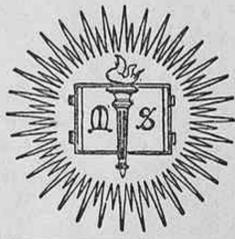


# La Ilustración Artística



Artística

AÑO XXXI

BARCELONA 14 DE OCTUBRE DE 1912

Núm. 1.607

BARCELONA.—SALÓN PARES



COQUETERÍA, cuadro de José M. Tamburini

## SUMARIO

**Texto.**—*La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *El beso del príncipe*, por B. Morales San Martín. — *Buenos Aires. Inauguración del Ateneo*, por R. Monner Sins. — *Un medallón de Benlliure*. — *Aniversario de Sarmiento*. — *El conflicto de los Balcanes*. — *Matrimonio secreto* (novela). — *Las fiestas de Cádiz*. — *Buenos Aires. La embajada extraordinaria del Centenario de las Cortes de Cádiz*.  
**Grabados.**—*Coquetería*, cuadro de José M.<sup>a</sup> Tamburini. — Dibujo de Ballester que ilustra *El beso del príncipe*. — *Huérfanos*, cuadro de Luis Masriera. — *La caída de las hojas*, cuadro de Enrique Serra. — *Buenos Aires. Inauguración del Ateneo Hispanoamericano*. — *Medallón del Club Español a las Cortes de Cádiz*, obra de Mariano Benlliure. — *Entrega de una placa en honor de Sarmiento*. — *El conflicto de los Balcanes* (seis fotografías). — *Fiesta española*, cuadro de P. Ribera. — *La eterna historia*, cuadro de J. G. Godward. — *Cádiz. Fiestas del Centenario* (quince fotografías). — *Buenos Aires. Banquete dado en honor de la embajada extraordinaria para el Centenario de las Cortes y Sitio de Cádiz*.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Un amigo mío, muy ingenioso, exclamaba impaciente: «Todos los años por esta época se dicen, invariablemente, tres cosas: que Fulano (aquí el nombre de un convecino) tiene muy mala cara y trazas de morir; que se ha perdido la fruta de hueso, y que Vigo está llamado a ser una gran población. Y el caso es que llega el verano siguiente, y de las tres cosas no ha sucedido ninguna, pero los anuncios se repiten».

Si este amigo existiese aún, vería que, al menos, uno de los tres anuncios se ha realizado plenamente. Vigo es ya, relativamente, una gran población, y está en camino de serlo mucho más. Y nótese que si otras ciudades ponen su esperanza en los elementos oficiales, Vigo la pone en sí mismo, señal de buen ánimo y energía. Vigo presenta un fenómeno en Galicia bien singular: no conoce caciques. Me refiero a esos caciques políticos que lo cubren todo con la sombra de sus alas (por no decir de sus foldones), y que, a cuenta del presupuesto, pasan por bienhechores y patricios. El único protector de Vigo, en este sentido, fué Elduayen, y desde Elduayen acá, el pueblo ha soltado los andadores. Yo creo que cuando España sea mayor de edad, hará así, y se librará de tutelas individuales que no equivalen nunca al esfuerzo colectivo.

Para Vigo, la época del caudillaje ha pasado. Está empezando, y con resultados muy felices, la del trabajo intenso, para desarrollar y beneficiar elementos de riqueza. «La gente de aquí trabaja doce horas diarias, aunque posea millones de capital», decíame persona que conoce a fondo aquella vida. No pude menos de establecer una comparación, al pasear por las calles de Santiago, pocas horas después, y encontrarlas atestadas de gentío, de una turba de pueblo animada y bulliciosa, en contraste con las de Vigo, casi solitarias. Y es que, para trabajar, no hay como estarse en casita. No ha llegado Vigo aún a ese momento en que la prosperidad se transforma en ociosidad y en ansia de goces, y cuando la multitud invade las calles, y se expansiona, o es que no tiene dinero ni piensa tenerlo nunca, o es que lo ha conquistado y quiere placer.

En Vigo, el dinero, que no puede estar oculto, se revela ya en la esplendidez, no siempre de buen gusto, de las edificaciones, verdaderos palacios. Y, sin duda, es gran lástima que no presida un arte depurado a la continua construcción de tanto edificio suntuoso. Las nuevas casas de Vigo, moles de piedra, blancas como la nieve, están demasiado recargadas de adorno, siendo lo único que alabo las *bow-windows* a la inglesa, gracioso detalle, acaso no tan necesario aquí como en los sombríos países del Norte, pero más interesante que las monótonas galerías de Marinada.

Del incremento de la población dará idea el salto rápido que ha pegado, desde los quince mil habitantes, hasta sus actuales cincuenta mil. El caserío se ha extendido, desbordándose por la pintoresca ribera, a orillas de la ría, en un paisaje de esos de magia, cuyo secreto posee la naturaleza gallega, y que, con ser tan elogiados, acaso no lo han sido todavía lo bastante.

Posee Vigo una Escuela de Artes y Oficios, construída a expensas de un filántropo millonario, García Barbón; está construyendo un teatro grandioso; y se dispone a transformar el monte del Castro, punto de vista incomparable, en parque de recreo, atracción para los visitantes, turistas o pasajeros de los enormes transatlánticos que incesantemente fondean en su soberbia bahía; se apresta también a crear dos balnearios, en playas no distantes de la población, servidos por tranvía eléctrico, y no pararán aquí las mejoras. Son los hospedajes de Vigo los

mejores de la región, descollando el Hotel Continental, que fué para mí, bastantes años hace, la primer señal de que este pueblo adelantaba efectivamente. Acostumbrada yo, en España toda, a las fondas fermentadas, con cuartuchos angostos y sin ajuar, me sorprendió agradablemente encontrar un hotel bien dispuesto, donde existían salones y aposentos espaciosos, y cuyas elegantes balconadas caían a la bahía, siempre azul. Habíamos pensado estar allí dos días, y nos quedamos dos semanas, paseando por la ría, comiendo mariscos, y contemplando, desde el balcón, la llegada de las embarcaciones, no tan grandes y majestuosas como las que ahora se ven arribar, y de las cuales descienden, en abigarrada procesión, *faquines* cargados de maletas, pasajeros enfundados en guardapolvos, señoras cuyo velete flota al aire, hombres muy morenos, de americana blanca y jipi.... Y esta llegada de los buques constituye una de las magnas ilusiones de Vigo, que aspira a ser el punto de unión terrestre entre la América del Sur y España, o mejor dicho, Europa. En vez de volver el rostro hacia Madrid, donde sólo se piensa en toros y en lo que ocurre en el Congreso, de tres a siete de la tarde, Vigo se ha encarado al Atlántico, bebiendo el aire salitroso, salvando la distancia enorme, material, que la separa de las civilizaciones de allende el Océano, y acercándose, con la voluntad, al mundo en que se desenvuelven pujantes la industria y las relaciones comerciales, y en que la política no tiene trascendencia...

¡La política! Probablemente la política retrasará el desarrollo de Galicia. Porque, si ha de creerse lo que la voz pública proclama, hay Compañías de ferrocarriles interesadas en estorbar el trayecto, medio siglo ha proyectado, de Orense a Zamora, con el cual, el viaje de Madrid a los extremos de línea gallegos se verificaría en catorce horas, en vez de las veintidós o veinticuatro que hoy se invierten en él. Y lo sabido: detrás de las Compañías, están las protecciones políticas, inexpugnables...

Volviendo a los hospedajes, hay una diferencia y una distancia que parece increíble entre los de Vigo, la Toja y Mondáriz, y los demás de la región, con honrosas excepciones, como el excelente hotel de Lugo, que me dejó tan buen recuerdo. Poco importa que un país sea muy hermoso, y de muy benigno clima, si no hay medio de dormir ni de vivir en sus posadas. Hoy la gente se ha vuelto refinada y exige detalles de higiene y comodidad, antaño desconocida. El viajero paga, pero quiere ser servido y pasarlo tal vez mejor que en su casa propia. Quiere baños, *closets* muy limpios, criados uniformados, mesitas aparte. Se acabaron las zafias *mesas redondas*, las domésticas de chinelas, las chinchas... Es decir, si no se acabaron, es preciso que se acaben, y pronto.

Las condiciones especiales que sitúan a Vigo en lugar aparte, entre las ciudades gallegas, hacen que la «ciudad de la oliva» como todavía le llaman los mantenedores de Juegos Florales, quiera volar con sus propias alas, y no influyeron poco en el original episodio que se produjo poco ha, cuando Vigo dió el espectáculo de vivir meses enteros sin autoridades, sin relación con poderes públicos de ningún género. Una causa, acaso baladí, pero que hirió su amor propio, la indispuso con Pontevedra, capital de la provincia, y desde aquel mismo punto la ciudad se declaró independiente, cortando, en redondo y en absoluto, las comunicaciones, no sólo administrativas, sino de toda especie. Dimitieron las autoridades viguesas, y el pueblo se gobernó a sí propio. Los periódicos hablaban, como de algo terrorífico e insoluble, del «conflicto vigués»; y la verdad era que nunca había reinado mayor tranquilidad y orden que en tales momentos. El buen sentido gallego y un instinto de solidaridad profunda, bastaron para que todo continuase como siempre, y hay quien supone que mejor. En efecto, cuando se producía algún rozamiento local, ó surgía alguna cuestión, la mayoría del vecindario se apresuraba a condenar el disturbio. «¿No tienes vergüenza?», gritaban. «¿Sabes lo que pasa, y quieres dejarnos mal? ¿Cuidadito, eh? Ojo, que aquí no alborota nadie...» Y todo iba como una seda, sin tropiezos de ninguna especie...

No cabe duda—decíame el alcalde dimisionario de entonces y alcalde en ejercicio de hoy—, lo que esteriliza las iniciativas de los pueblos, es justamente esta protección oficial que tanto se busca, que tanto se agradece... Es la sombra del manzanillo. Es algo letal. Al hombre ágil no le convienen muletas. Se confía en que haga las cosas el Estado, la Diputación provincial, etc., y claro, se echa la gente a dormir. La protección oficial es puro favoritismo; aprovecha a unos cuantos señores. Vigo no la necesita para llegar a los doscientos mil habitantes. ¡Y llegará! ¡Vaya si llegará!

Fué este alcalde, optimista y ojalá que profeta,

hombre inteligente y culto como pocos, el que me acompañó en mi visita al Vigo fabril e industrial, y en ese aspecto, como en todos, pude observar que Vigo es algo que nace, algo en que palpita el porvenir. Las fábricas de conservas, que han sido una de las bases de la prosperidad del país de las rías, constituyen un ramo floreciente, y en la del Sr. Alonso pude apreciar la importancia del tráfico y lo perfeccionado de los métodos, que no serán superiores en el extranjero, seguramente. En estas fábricas se alza una constante queja: se ignora por qué ha desaparecido casi de las costas gallegas, nuestra amiga la sardina, la que daba abundancia al hogar aldeano y pan a los pescadores. Unos hablan de que se ha alejado el Gulf Stream, y con él, los bancos de plata de la sardina; otros, de caprichos mal explicados, fugas repentinas y vueltas inesperadas del pez... El caso es que las fábricas sufren el contragolpe de estos azares; y del personal, de cientos de mujeres, que se empleaba en la de Alonso, más de la mitad ha tenido que ser licenciado. Miro a las conserveras. Jóvenes casi todas, algunas bonitas, rebosan vitalidad y alegría, como si el mar les hubiese enriquecido la sangre, al atezar sus mejillas frescas y oscurecer sus manos. Bajo nuestras plantas duerme un lago de aceite: no bastando los recipientes, ha sido preciso embalsarlo, y al levantar la argolla de la chapa que cierra la entrada, aparece su obscura masa líquida, inmóvil... A pesar de la desaparición de la sardina, con la cual, en otras épocas, sobrando del consumo, se abonaban los predios y heredades, quedan muchas especies que poner en conserva: crustáceos, moluscos y peces sabrosísimos. De los crustáceos, alguno de los más apetitosos no se conserva, como la deliciosa *nécora* o araña de mar y la *centolla*. A manera de compensación, escaseando la sardina, hoy abunda en estos mares el atún o bonito, y no faltan ni el besugo, ni la merluza, ni los finos calamares o *chocos*, ni los mejillones y *vieiras*, con lo cual el gastrónomo Carlos V, que hacía llevar todo esto a Yuste en escabeche, actualmente pudiera encargarlo en lata, bien guisado. En América hay una demanda afanosa de tales comestibles, y para Inglaterra se exportan en cantidad. Hay quien cree, andando el tiempo, que Galicia podrá proveer a Inglaterra, no sólo de pescado, sino de frutas y legumbres. ¡Estamos tan cerca de la Gran Bretaña..., mar en medio!

Hemos visto unos astilleros chicos, ansiosos de ser grandes, los de Barrera, que, chicos y todo, han lanzado al mar una escuadrilla formidable de vapores pesqueros, que construyen incesantemente. Es curioso que, de estos vapores pesqueros, tres o cuatro lleven, por expresa voluntad de sus dueños, el nombre del general Weyler. Para distinguirlos ha sido preciso llamarlos General Weyler primero, segundo, etc... Sin duda, por un instante, se notó en mi rostro que las letras envidiaban a las armas, pues Barrera hubo de decirme, amablemente:

—También tenemos el *Pardo Bazán*. Ya le enviaré a usted una fotografía...

Ello es que los vaporcitos son una monada, de madera, pero con un airecillo atrevido y gallardo, y una como actitud impaciente de hacerse a la mar, para volver, repleta la panza de pesca palpitante aún, que será voceada y adjudicada en la Bolsa de pescado, una de las cosas que deben verse en Vigo.

Múltiples elementos, en esta ciudad, a la cual se le vienen pronosticando grandezas, se reúnen para que el pronóstico pase a realidad. Vigo es la mejor bahía de Europa y una de las mejores del mundo; es, además, el punto estratégico para el comercio con el Nuevo Continente, y es la puerta de España, para ingleses y suramericanos. Como por un mimo de la naturaleza, este lugar, destinado a la comunicación transatlántica más activa, es también de los más hermosos del mundo y le rodea una comarca de incomparable amenidad, placidez y poesía. No es el seco desembarcadero, sino el oasis que debe retener y envolver en halagüeñas redes a quien ponga el pie en su orilla.

No he dicho nada de los talleres de fundición de Sanjurjo, del curioso invento de la boya submarina, ni de la nueva casa del *Faro*, antiguo diario, el de mayor circulación en la región toda, y que acaba de construirse su palacio, con un *hall* más vasto que el de *Blanco y Negro* en Madrid... No sé si veremos los doscientos mil habitantes de Vigo en lo que de vida nos resta, pero, o mucho me engaño, o el camino ha empezado a andarse. Y milagros mayores puede lograr el esfuerzo del hombre, la laboriosidad, la inteligencia. Y digo al alcalde, que continúa haciendo planes de hipótesis, sobre bases reales y positivas:

—¡Lástima que no pueda uno volver al mundo, después de muerto, siquiera un día, a contemplar las diabluras del progreso!

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN,

## EL BESO DEL PRÍNCIPE, POR BERNARDO MORALES SAN MARTÍN, dibujo de Ballester



... y vagar, como un fantasma las noches de luna, por los adarves y terrazas, jardines y torres del castillo-palacio

Oid una vieja leyenda.

Leyenda es de amor y de muerte.

A mis oídos sonó la primera vez como canción de poeta que recoge en primorosas estrofas simbólica historia de amores, que rodando de boca en boca a través de los siglos, llegó hasta él.

Entornad los ojos..., despertad el oído..., levantad el corazón... El poeta tañe la guzla y entona la vieja canción legendaria...

¡No interrumpáis su canto y guardadlo siempre con todo su perfume en el fondo del alma!

El rey moro de Valencia sabe que la fantástica fortaleza de Jérica es inexpugnable y confía su hijo a los jarifes jericanos, de cuya lealtad tiene pruebas.

La reina al morir había dejado un beso largo como la eternidad, infinito como el dolor, en la boca del tierno infante. Sabía que le besaba por última vez y ansiaba prolongar aquella postrera caricia de madre hasta que la muerte la interrumpiera, enfriando sus labios para siempre.

Mortal desvanecimiento corta el beso de la reina... Cuando torna en sí, coge con las suyas, blancas como lirios, la mano bronceada del rey:

—¡Señor..., voy a morir! Guardad la vida de mi hijo de las asechanzas que la cercan. ¡No me importa que ciña o no la corona! Antes que rey quiero que sea hombre... y feliz. ¡Apartad la pesadumbre de la regia corona de su frente! ¡Alejadlo de Valencia! Otros hijos tenéis; sea para ellos todo el esplendor del trono. ¡Yo no quiero para mi hijo, que es mi amor hecho carne, más que la felicidad! Guardadle de la envidia y del odio africano de vuestra raza! Así..., moriré contenta..., esperanzada...

Y la reina dobló el cuello de alabastro..., quebrándose su última palabra en su garganta.

El rey moro había olvidado a sus esposas y a sus esclavas —flores de harén traídas de todos los confines del mundo—, desde que Doña Sancha, la infanta cristiana, entró en Valencia y se sentó en el trono como reina y señora y hermosa prenda de paz entre su padre el rey de Navarra y el gran Abde-l-Aziz, Al-Manzur (el victorioso), el más poderoso rey musulmán y de más luengo reinado que gozó Valencia.

Y desde aquel día, susurraban con honda melancolía las flores del harén:

«—Al-Manzur, no quiere otra luz que la de los

ojos azules de la infanta de las crenchas de oro, pálida como la luna...»

«—Al-Manzur, no busca otro perfume que el de los claveles rojos de la boca de la infanta cristiana...»

«—Al-Manzur, no gusta de otra música que la del acento de hechizo de la reina nazarena...»

Y desde aquel día, murmuran también los artesanos y los guerreros de Abde-l-Aziz, el victorioso:

«—Al-Manzur, olvida los graves negocios de Estado durante las siestas de amor en brazos de la gentil princesa...»

«—Al-Manzur, deja que se enmohezca su lanza y relinche ocioso su potro cordobés...»

«—¿Al-Manzur, piensa sentar en el trono al hijo habido en su ayuntamiento con la infanta cristiana? Sólo los príncipes de pura estirpe serán nuestros reyes...»

Y el rey, prudente y sagaz, confía a los jarifes de Jérica, sus nobles y fieles amigos, la custodia y guarda de su muy amado hijo.

Los leales hijos de Sad-ben Obada, gobernadores de Jérica, sienten por el joven príncipe extremado amor, humilde respeto; pero la guarda en que le tenían era tan estrecha, que más parecía cautivo que hijo de rey libre y poderoso. En el castillo es rey y señor; pero si de él sale tiene marcado radio muy corto para sus correrías y éstas escoltadas por servidores y soldados que entre picas y lanzas le llevaban.

«—Cuando el príncipe sea hombre, digno de reinar y de gobernar con mano dura un potro y un pueblo, será libre, saldrá de Jérica y ocupará su puesto junto a mí, había dicho Al-Manzur a los fieles jarifes.»

Y el príncipe de tez blanca, ojos azules y rizos de oro como los de su madre—infanta en tierras de Navarra, reina malograda en las huertas de Valencia—, vive en el castillo inexpugnable de Jérica como ave en cárcel de oro: feliz, sin ansias de romper los áureos barrotes de su prisión; sin afán de correr tierras a lomos de indómito corcel, blandiendo una lanza, esgrimiendo el yatagán...

Dulcemente resignado con su suerte, sabe que es hijo de rey, y del rey más poderoso de los musulmanes..., y espera soñando no sabe qué..., pero espera, soñando siempre. «Mi destino se cumplirá en mí como en todos. ¿A qué rebelarme contra él?» discurre como buen musulmán.

Abde r-rahmán — a quien la leyenda llama Al Hossein (el hermoso) por su singular hermosura varonil, y los historiadores arábigos Sanchol o Sanchuelo, en memoria del nombre de su madre Doña Sancha —, es juicioso y bueno, soñador y aficionado al estudio. Aun duermen en su corazón sus ambiciones; aun no soñaba en ser califa. Contentábase con ser poeta..., y en aquellos sus años juveniles da en la extraña manía de encerrarse durante el día en su cámara y vagar, como un fantasma las noches de luna, por los adarves y terrazas, jardines y torres del castillo palacio. Ante la blanca aparición, humillan su frente y sus arcos y alfanges los centinelas de la fantástica fortaleza.

Y a la luz de la luna pálida, parece más pálido aún el príncipe poeta; sus ojos irradian azules fosforescencias; sus manos son nacarinas y sus labios rojos tienen matices violados... ¡Qué hermosa figura la suya mientras fué sólo un príncipe de leyenda y la historia no rasgó las románticas brumas que la envolvían! Sus vestiduras riquísimas, blancas fueron siempre; sus armas, de plata. Sólo son de oro sus guedejas; sólo de grana sus labios...

Hace versos, compone canciones, estudia en los astros y siente el corazón henchido de amor sin nombre aún; sin objeto real a quien amar... El príncipe no ama; pero ya sueña en el amor.

Un día llega a las soledades del príncipe Abde r-rahmán un mensajero del rey, turbando la música de sus versos y el eco de sus canciones...

Es un sabio venido de Oriente para estudiar el destino del príncipe de ojos azules y rubias guedejas. Y el anciano inquiere la hora y el nacimiento de Abde r-rahmán, el signo bajo el cual nació, los astros que estaban en ascendencia en aquel preciso momento; retorna a Valencia y dice así al rey:

—Tu hijo, poderoso señor, no será dichoso, porque dará la muerte a cambio de la felicidad a la mujer que ame... Él y sus hijos y los hijos de sus hijos están malditos y maldito cuanto amen... Sus besos de amor darán la muerte a la mujer cuya boca bese la suya..., y la muerte que lleva en los labios se transmitirá a todos sus descendientes hasta la quinta generación... ¡Cuanto toque su boca y ame su corazón ha de morir como lirios agostados por la sed del Estío!

—¿Cómo conjurar ese destino cruel?, gime at-

rrado Al-Manzur. Estúdialo tú que eres sabio... Pídemelo oro, joyas, piedras, tapices, caballos..., cuanto quieras tendrás... ¡Conjura ese peligro! ¡Es mi hijo, es mi amor..., y daría mi vida por la suya!

—No hay manera de borrar lo que está escrito en los astros... Doña Sancha fué maldita por su madre, al salir de Navarra para ser princesa mahometana, y sus hijos fueron también malditos por aquella rencorosa mujer... Todos llevarán la muerte en los labios y sus madres morirán al darlos a luz... Y si tu hijo siente la mordedura de la ambición en su pecho, morirá trágicamente. ¡También lo dicen los astros!

No dice más el mago y retorna a Oriente dejando abatido a Al-Manzur y amargada su vida para siem-

ca, azules ojos y áureas guedejas, caen dulcemente en un sueño frío del que no despertaban.

El oráculo se cumplía.

Y al ver llegar, anhelante de amor, al blanco fantasma, huyen de él las doncellas cegadas por el brillo de sus armas de bruñida plata, que refulgían a la luz de la luna como guadañas segadoras de sus vidas juveniles.

A oídos del rey Al-Manzur llegan los ecos de aquella desoladora leyenda de muerte y llama al gobernador de Jérica.

—¡El príncipe lleva la muerte en los labios! ¡El horóscopo del sabio venido de Oriente se cumple!, gime el poderoso rey. ¡Es preciso que el príncipe renuncie al amor! ¡Que no se acerque a mujer alguna!

amor ideal a la luz de la luna. «¡La luna dormía en sus brazos!», como dijo el príncipe-poeta en una de sus canciones.

Secretamente, sin más testigos de su audacia que Mohammed, el confidente del príncipe y hermano de Sobehia, se desposaron y la noble jericana fué al sacrificio con la fe de los mártires del amor, desafiando serena y tranquila la fatal leyenda trágica.

Y Abde-r-rahmán ve un día con gozo jamás experimentado ni sentido que sus secretos amores iban a florecer espléndidamente en el huerto de su pasión y espera el fruto prometido en las noches deleitosas con el afán con que los pájaros esperan el sol...

Pero la fuerza del amor de los dos jóvenes esposos no puede vencer al destino implacable y Sobe-



Huérfanas, cuadro de Luis Masriera. (Exposición de Buenos Aires.)

pre. Tan sólo comunica el fatal oráculo al gobernador de Jérica, dándole a la par severas órdenes respecto de su hijo y rogándole que oculte su triste destino al desventurado príncipe.

Éste sigue escribiendo versos, componiendo canciones, mirando con escrutadora mirada a los astros, bien ajeno de que en ellos está escrito con rojos destellos su trágico destino..., y sigue también vagando por los jardines y adarves del castillo como una aparición fantástica, lunar, sobrenatural.

Los nobles que heredaron el castillo de Jérica en las valencianas montañas eran muy cultos y amigos y protectores de todos los poetas y sabios de su tiempo. Un tantico incrédulos a fuer de sabios, el fatalismo musulmán no era dogma para ellos..., y el gobernador del castillo y villa jericanos rióse del oráculo, del sabio traído exprofeso de Oriente para leerlo en las estrellas y de los temores del rey. Uno de los hijos del gobernador, el joven Mohammed, camarada y fidelísimo confidente del príncipe, incita a éste a los placeres del amor para curarle de aquella melancolía que le hacía amar las noches estrelladas, el rayo de luna, los versos y las canciones románticamente ideales.

Y la famosa villa y sus frondosas munías (huertos cercados), los montes y valles, bosques y fuentes que rodean el castillo, son teatro de las hazañas y empresas de amor de los dos mozos, que gozan a toda hora de ensueños deleitosos de los que nunca quisieran despertar...

Pero pasan los días, vuelan fugaces las noches de amor..., y comienzan las huríes del paraíso jericano a huir del príncipe como de un ser maldito. Todos los labios que reciben sus besos empalidecen: la grana se trueca en nieve..., y todas las amantes del príncipe que soñaban delirantes en los besos de Abde-r-rahmán, el Hossein (el hermoso), y en las caricias de fuego de aquel hijo de rey, de tez blan-

ca, azules ojos y áureas guedejas, caen dulcemente en un sueño frío del que no despertaban.

—¡Los besos del joven príncipe sólo pueden dar muerte de amor!, responde sonriente el escéptico jarife jericano. ¡En mis dominios se ama demasiado y con intensidad volcánica! ¡Esto es todo, señor!

—¡Es preciso que el príncipe no se acerque a ninguna mujer!, replica Al-Manzur. ¡Va a quedar mi reino huérfano de bellezas..., y nuestros palacios sin flores de harén si el príncipe prodiga sus besos!

Y el jarife se inclina profundamente ante el irritado Al-Manzur y regresa a Jérica con el estrépito del simún, seguido de su escolta.

Y como el rey veda el amor a su hijo y las doncellas huyen de él, el príncipe torna a vagar, prisionero y solitario, por las terrazas y jardines del castillo, buscando en las célicas alturas el amor ideal a la luz de la luna, ya que el amor real y palpitante huye de él como de un apestado...

Sólo una mujer no teme y ansía los besos mortales de los labios del príncipe: Sobehia (la Aurora), hermosa y gentil hija del jarife gobernador de Jérica, hembra apasionada que quiere saber cómo besan los labios de grana del príncipe de azules ojos que daba muerte de amor...

Primero compasiva, porque era bueno y generoso y llevaba un triste destino escrito en la frente; más tarde por insana curiosidad mujeril que celaba la certeza de aquella leyenda de amor y de muerte que circundaba la figura melancólica del príncipe como aureola de martirio, fué a él audaz y enamorada, afrontando el enigmático peligro que la seducía y deseaba con el valor temerario de su raza soñadora y aventurera.

—¡Amame! ¡Soy tuya! ¡Sobehia te ama cuando todos huyen de ti! ¡Yo no temo tus besos ni al destino..., ni la muerte! ¡Sólo temo al amor y el amor soy yo!

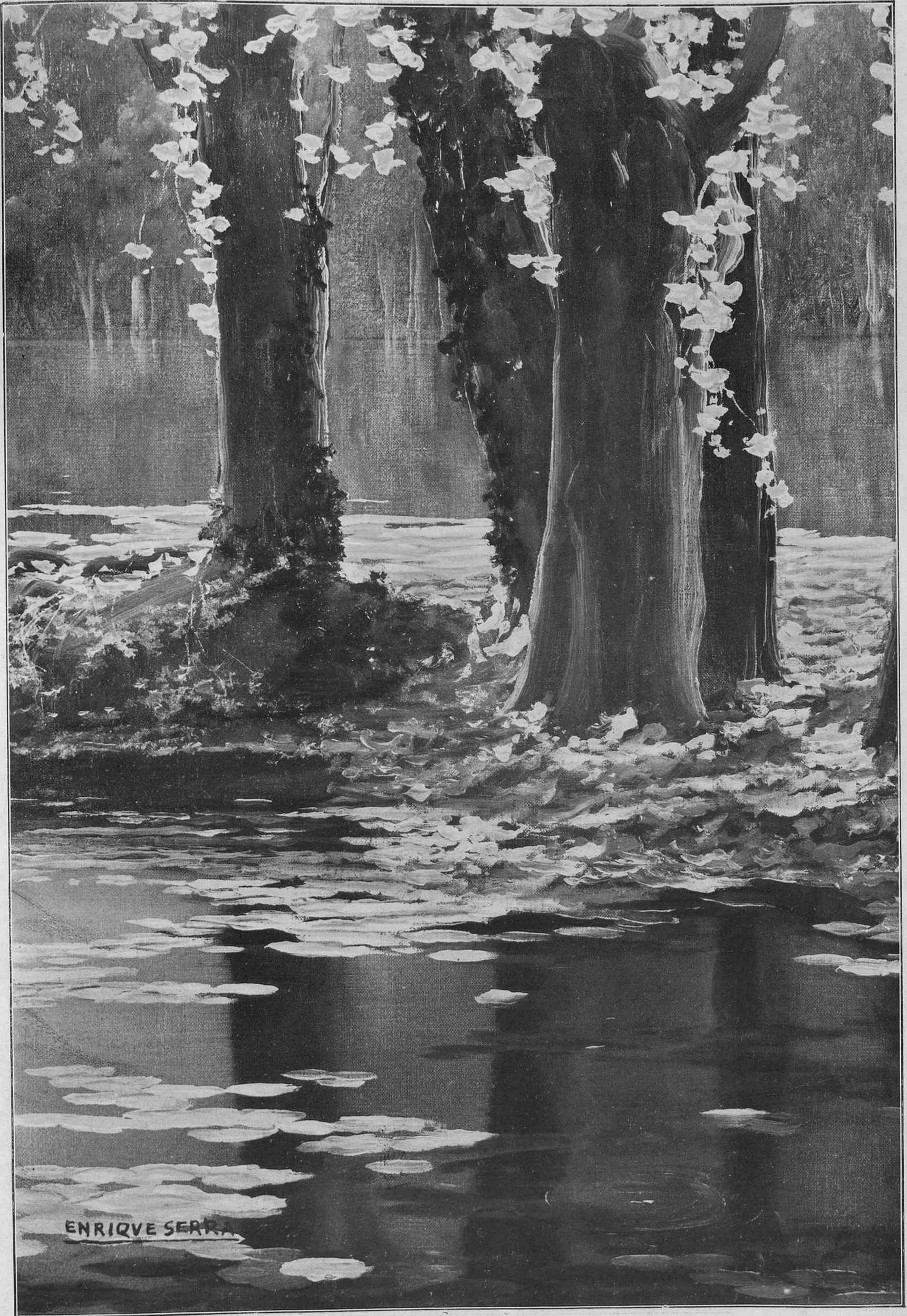
Y Abde-r-rahmán, el Hossein (el hermoso), ya no vagó más por los adarves y jardines en busca del

hija la gentil muere al dar a luz a un infante de ojos azules y rubios rizos. Al besar antes de morir sus labios de leche y rosa, no sabe que imprime sello de muerte en aquella boca tierna y quejumbrosa. Y la apasionada doncella muere resignada porque ve que era sino de aquella y de todas las razas reproducirse para morir; y he aquí cómo resultaba cierta la leyenda de que costaba la vida el ser amada por un hijo de rey. La abnegada doncella no temió a los besos de Abde-r-rahmán. Arrebatada de pasión fué a sus nupcias sin temor a las caricias de muerte del príncipe hijo de la nazarena Doña Sancha, porque leyó en los libros de los sabios jarifes jericanos que «la vida fué amasada con barro deleznable animado por el sutil espíritu del amor, pero amargado por la trágica esencia del dolor; y la vida tenía, por consiguiente, como término fatal, la muerte».

La historia dice que el príncipe Abde-r-rahmán, muerta Sobehia, sintió las mordeduras de la ambición en su pecho y a la muerte de su padre Al-Manzur y de su hermano primogénito quiso ser califa, y murió trágicamente.

El viejo soñador que me refirió esta leyenda, sentado en los derruidos muros del castillo de Jérica un atardecer, mientras un sol rojo de estío se escondía por Occidente, la terminó sentenciosamente:

—Los jarifes jericanos guardaron siempre en el castillo al hijo del príncipe y de Sobehia. Abde-r-rahmán no se consoló jamás de la muerte de su gentil esposa. Tornó a vagar por los jardines y adarves del castillo; y es fama que en las noches de luna aun flota su sombra errante y fugitiva por estas ruinas y se oyen sus lamentos de amor confundidos con el murmurio del torrente que socava, siglo tras siglo, el peñón que sustenta el castillo donde vivió prisionero y tanto amó el príncipe de los ojos azules y las guedejas de oro, cuyos besos mataban de amor...



LA CAÍDA DE LAS HOJAS, cuadro de Enrique Serra

## BUENOS AIRES.—INAUGURACIÓN DEL ATENEO.—UN MEDALLÓN DE BENLLIURE.—ANIVERSARIO DE SARMIENTO



Inauguración del Ateneo Hispanoamericano. El presidente del Ateneo Dr. D. Carlos Malagarriga (1) pronunciando el discurso inaugural. En la mesa presidencial están el ministro de Instrucción Pública Dr. Garro (2) y el celebrado poeta Rubén Darío (3). (De fotografía remitida por D. R. Monner Sans)

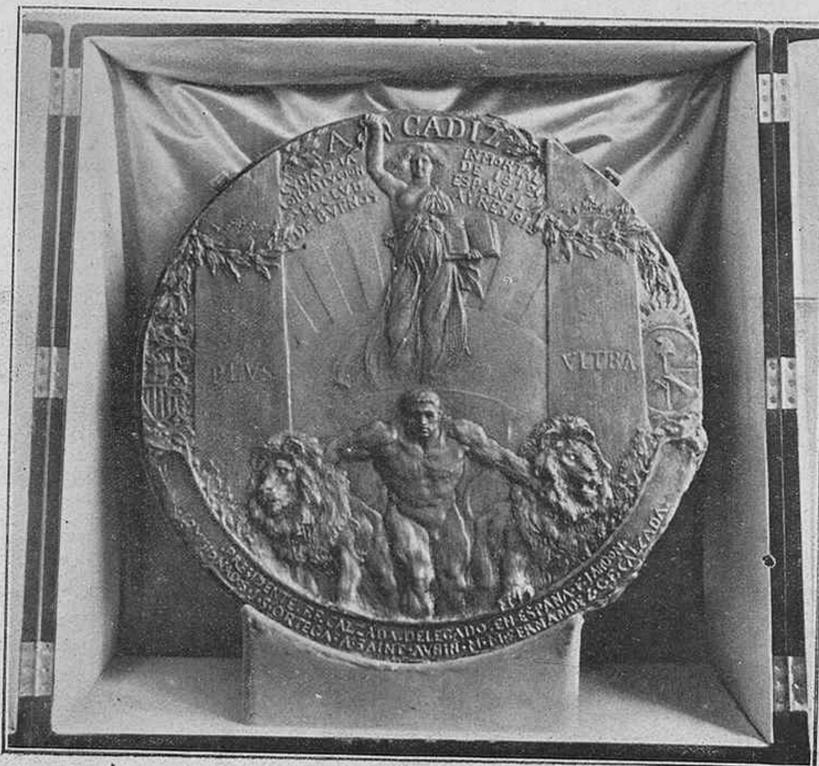
¡Un Ateneo en Buenos Aires! ¡En un país tan mercantilizado como éste y en el que nacionales y extranjeros, más éstos que aquéllos, sólo persiguen la posesión del dinero, un centro de cultura intelectual! ¡Un lugar donde no se hable de remates de tierras, de grandes negocios, de fantásticas explotaciones! Se necesitaban grandes bríos y alientos grandes para intentar la instalación de una Sociedad que no tuviese por fin enriquecer materialmente a nadie; y aquellos bríos y aquellos alientos se anidaron en pechos españoles, y capitaneados por nuestro paisano el Dr. Carlos Malagarriga, comenzaron los trabajos de organización que se acaban de coronar con el más espléndido de los éxitos.

Lanzada a volar la idea, fué con entusiasmo acogida no sólo por los intelectuales españoles, sino por cuantos argentinos, y ya son muchos, se dedican al cultivo de las letras, tanto que el día de la inauguración, o sea el 1.º del actual, momentos antes de comenzar el acto, era poco menos que imposible cruzar aquellos salones, pues la concurrencia era numerosísima. A las cinco en punto llegó el ministro de Instrucción Pública Dr. Garro, quien ocupó la presidencia teniendo a su izquierda al presidente del Ateneo doctor Malagarriga y a su derecha al aplaudido poeta Rubén Darío.

Abrió la sesión el presidente, quien pronunció una brillante oración, breve pero muy sentida, saludada al fin con entusiastas aplausos; siguió en el uso de la palabra Rubén Darío, el que leyó un inspirado soneto, con estrambote, que electrizó a los concurrentes, tanto por su gallarda forma cuanto por la entonación magistral con que fué leído.

Blasco Ibáñez, al levantarse, acalló los aplausos con que se saludaba al poeta nicaragüense: su discurso fué un verdadero himno a la lengua española, interrumpido a cada párrafo por las palmas aprobatorias del auditorio.

Después de unas breves frases de Rubén Darío, habló el Dr. Joaquín V. González, el autor de *Mis mon-*



Medallón que ha dedicado a las Cortes de Cádiz el Club Español de Buenos Aires, obra de Mariano Benlliure. (Fot. de Asenjo y Salazar.)



Aniversario de la muerte de Sarmiento.—Entrega de la placa con que la Cámara de Diputados se asoció al homenaje. (De fotografía.)

tañas, uno de los más profundos pensadores con que cuenta este país y uno de nuestros más leales y sinceros amigos, y con decir esto, dicho queda lo que sería su discurso, un hermoso broche con que se cerró la sesión inaugural del Ateneo.

Ya tenemos, por fin, un Centro intelectual, y como ha nacido bien y cuenta con robustos puntales, no es fácil se derrumbe, para que poco a poco, aun los más rehacios, vayan comprendiendo que «no sólo de pan vive el hombre», y que la Argentina está ya en el caso de atender por igual los productos de la tierra y los productos de la inteligencia.

R. MONNER SANS.

Buenos Aires, septiembre de 1912.

Los españoles residentes en Buenos Aires, deseando asociarse a las fiestas celebradas en Cádiz con motivo del Centenario de las Cortes y del Sitio de 1812, han encargado a Mariano Benlliure el medallón que adjunto reproducimos, obra hermosa como todas las del tan justamente celebrado escultor. Es una bellísima alegoría del hecho a que está dedicado y ostenta la inscripción: «A Cádiz, cuna de la inmortal Constitución de 1812, el Club Español de Buenos Aires.»

La República Argentina consagra verdadero culto a la memoria de Domingo Faustino Sarmiento, el sabio pedagogo que consagró toda su vida al fomento de la instrucción en su patria, al valiente caudillo que con Mitre y Urquiza derrocó la tiranía de Rosas; al presidente ilustre que tanto contribuyó a la prosperidad moral y material de su nación.

Recientemente, con motivo del vigésimo cuarto aniversario de su muerte, se ha celebrado en Buenos Aires un homenaje grandioso al que se ha asociado la Cámara de Diputados, haciendo entrega a la comisión de una artística placa conmemorativa.

EL CONFLICTO DE LOS BALKANES



El rey Jorge de Grecia  
(De fotografía de Chusseau Flaviens.)



El rey Nicolás de Montenegro  
(De fotografía de Chusseau Flaviens.)



El rey Pedro de Servia  
(De fotografía de A. Harlingue.)

Ha estallado al fin el tan temido conflicto de los Balkanes, sin que haya podido evitarlo la intervención de las grandes potencias.

Preciso es reconocer, sin embargo, que el procedimiento seguido por las cancillerías no ha sido, ni mucho menos, el más a propósito para conseguir el objeto que se proponían. Ante un conflicto que desde hacía mucho tiempo pudo verse, porque con gran antelación venía anunciándose por señales casi evidentes, la diplomacia no se ha acordado de intervenir hasta el último momento, por decirlo así, y aun en tan críticos instantes, en vez de proceder con una perfecta unanimidad de ideas y con una prontitud que enmendara las funestas consecuencias de la anterior tardanza, se han visto en ella discrepancias, dudas, vacilaciones que no sólo han hecho perder un tiempo precioso, sino que, además, han quitado a la acción de las potencias, cuando ésta se ha producido, aquella autoridad, aquella fuerza tan necesarias en las críticas circunstancias presentes.

El pleito entre los Estados balkánicos y Turquía data de larga fecha y hasta ahora no ha habido modo de darle solución. El célebre artículo 23 del tratado de Berlín, que obligaba a la Puerta a introducir importantes reformas en ciertos países de la Turquía europea, no se ha cumplido nunca a pesar de que data de 1878; y no se ha cumplido porque las grandes potencias, temerosas de tocar tan peligroso asunto, no han hecho nada para que se cumpliera. Tampoco se ha cuidado Turquía de cumplir, segura de que nadie la forzaría a ello, lo que

solemnemente ofreció en 1880 y que, en el fondo, era una ratificación de lo consignado en el tratado de Berlín. El cambio de régimen ocurrido en Turquía hace tres años no mejoró ese estado de cosas, continuando sin realizarse las reformas tantas veces ofrecidas y tan ardientemente deseadas.

El convencimiento de que nada debían esperar de la acción de las grandes potencias ha ido arraigando, por consiguiente, en el ánimo de los pueblos balkánicos, los cuales han acaba-

ción de guerra ha sido hecha en forma tal que dificulta en extremo, si no imposibilita, la ulterior intervención de las grandes potencias, pues el gobierno de Cetigne, al hacerla, para nada se refiere al artículo 23 del tratado de Berlín, sino que funda su determinación en la necesidad que siente el pueblo montenegrino, «una vez agotados, sin resultado, todos los esfuerzos amistosos para resolver los numerosos conflictos y diferencias constantemente surgidos con Turquía», de confiar a las armas «el asegurar el reconocimiento de los derechos, durante siglos ignorados, de sus hermanos residentes en el imperio otomano».

La circunstancia de haber sido el menos importante de los cuatro Estados balkánicos antes citados el que ha roto las hostilidades, permite asegurar que ha obrado así de acuerdo con los demás, que no tardarán en acudir en su ayuda.

Los preparativos bélicos han sido acogidos con indecible entusiasmo lo mismo en Montenegro que en Serbia, Bulgaria y Grecia, en cuyas capitales y principales ciudades se han celebrado numerosas manifestaciones patrióticas. Y en Turquía, hoy en vísperas de firmar la paz con Italia, la conducta de los Estados balkánicos parece haber unido a todos los partidos en el común deseo de rechazar la agresión.

En la frontera turco montenegrina se han trabado ya los primeros combates y es de esperar que pronto se generalizará la lucha. ¿Podrán las grandes potencias, que no han sabido evitarla, conseguir que quede localizada, que es a lo único a que ahora aspiran? - R.



Sofia.-El público leyendo las noticias relativas a los preparativos de guerra. (De fotografía de Chusseau-Flaviens.)

do por persuadirse de que lo que ellos no obtuvieran por su propio esfuerzo no lo alcanzarían por ajenas intervenciones.

La guerra turco-italiana, que ha quebrantado notablemente las fuerzas de Turquía, pareció a los Estados balkánicos ocasión propicia para saldar de una vez sus cuentas con el imperio otomano, vengando antiguos agravios y resentimientos y logrando la satisfacción de sus tradicionales aspiraciones.

Bulgaria, Serbia, Montenegro y Grecia, unidas por tratados, han venido, durante estos últimos tiempos, preparándose para la guerra de una manera por demás ostensible y recientemente han llamado todas sus reservas y milicias. Sólo ante estos preparativos han despertado las grandes potencias, pero, como antes decimos, su intervención ha sido tardía. Después de muchas negociaciones, fué al fin aceptada la proposición presentada por el Sr. Poincaré, presidente del Consejo de Ministros de Francia, aunque algo modificada según indicaciones hechas por los gabinetes de Londres y de Viena. En virtud de esta proposición, los embajadores de Rusia y Austria habían de presentar a Turquía, Bulgaria, Serbia, Montenegro y Grecia una nota colectiva excitando a la primera a no demorar la implantación de las ofrecidas reformas, es decir, la aplicación del artículo 23 del tratado de Berlín, y advirtiendo a los otros cuatro Estados que de cualquier conflicto que pueda surgir no podrá resultar ninguna modificación territorial y que las potencias están resueltas a mantener el *statu quo* en este asunto.

Pero cuando esta nota ha sido presentada, ya Montenegro había declarado oficialmente la guerra a Turquía. Esta decla-



El rey Fernando de Bulgaria  
(De fotografía de Chusseau-Flaviens.)



Mohámed V, sultán de Turquía  
(De fotografía de Chusseau Flaviens.)



FIESTA ESPAÑOLA, cuadro de P. Ribera



VERB  
L. 100.000

LA ETERNA HISTORIA, cuadro de J. G. Godward. (Reproducción autorizada por la Sociedad Fotográfica de Berlín.)



Cádiz. Las fiestas del Centenario de la Constitución y del sitio de 1812. — Los Juegos Florales. La señorita Doña Clara Figueroa, reina de la fiesta.

#### LAS FIESTAS DE CÁDIZ

En las páginas 682 y 683 damos una descripción sucinta de todas las fiestas celebradas en Cádiz con motivo del Centenario de las Cortes y del Sitio de 1812. Ampliando lo que allí decimos, consignaremos aquí algunos pormenores referentes a los actos que reproducen los adjuntos grabados.

Los Juegos Florales organizados por el Centro Escolar y celebrados en el Gran Teatro resultaron una fiesta brillantísima. La sala ofrecía un aspecto deslumbrador; en los palcos estaban las misiones extranjeras, las autoridades y comisiones y gran número de mujeres hermosas, y el escenario, artísticamente adornado, simulaba un atrio romano de refinadísimo gusto, con una gradería en el centro.

La entrada de la reina de la fiesta, la señorita de Alcorta, hija del enviado extraordinario de la Argentina, que iba del brazo del ministro de Instrucción Pública Sr. Alba, fué saludada con una ovación indescriptible y con los acordes de una solemne marcha compuesta por el Padre Gálvez y que es una feliz combinación de los himnos argentino y español.

La señorita de Alcorta, que vestía soberbio traje y rico manto con los escudos de la Argentina y de España, ocupó el trono y en torno suyo se colocaron sus damas de honor, las señoritas de Abarzuza, Macpherson, Marengo, Alvarez Ossorio, Lizaur, Lerdo de Tejada, Valderrama, Fernández Puen-

salzó los trabajos de la raza iberoamericana, augurando un hermoso porvenir a la raza latina universal, aludió a las Cortes de Cádiz, génesis de la libertad española, ofreció que España enviará a América una juventud escogida de estudiantes para que amplíen sus enseñanzas, y puso las aulas españolas a la disposición de los profesores americanos. El acto terminó ejecutándose nuevamente la marcha del Padre Gálvez, que fué oída de pie por los concurrentes.

La misa de campaña celebrada en el Parque Genovés ha sido uno de los actos más solemnes y grandiosos del Centenario. En el baluarte de la Candelaria, dando frente al Parque, habíase colocado el altar bajo un pabellón de los colores nacionales adornado con atributos militares, con los estandartes de las cuatro Ordenes y con las insignias de San Hermenegildo y San Fernando. En una tribuna levantada cerca del altar, situóse el general marqués de Estella, representante de S. M. el Rey, con sus ayudantes; y en otra colocada en el paseo, los invitados.

Comenzó la fiesta militar con la llegada de las

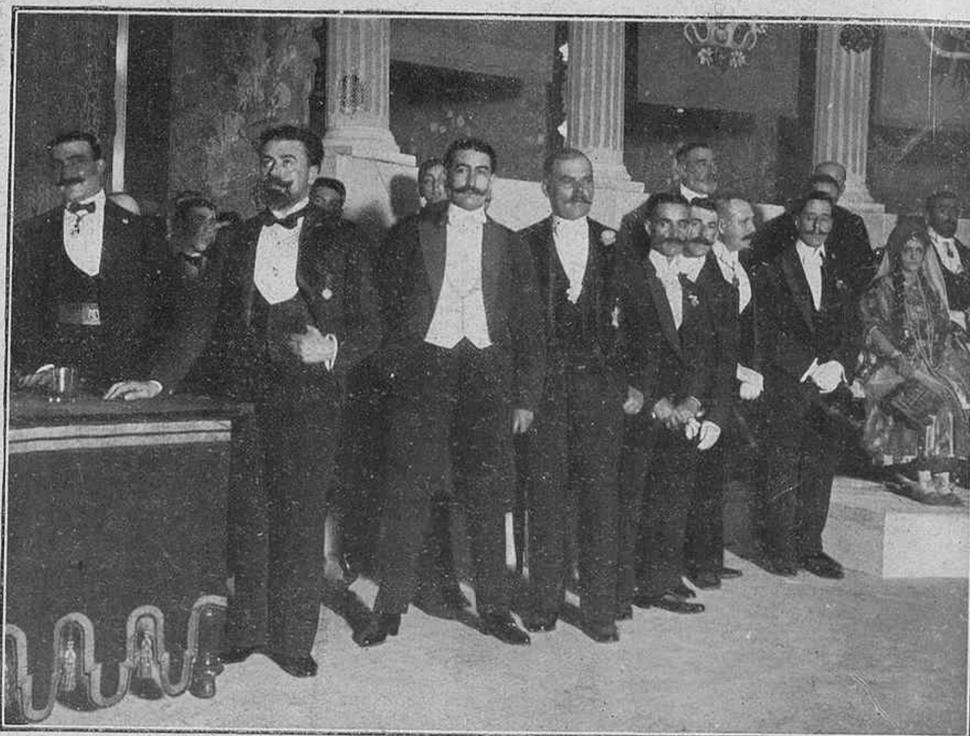
te y Lacave, cada una de las cuales representaba a una universidad española y vestía el traje regional correspondiente.

Ocupada la presidencia por el ministro, comenzó la velada con un breve discurso del presidente del Centro Escolar Sr. Ruiz Vilches, al que siguió la lectura de la memoria del Secretario del certamen. Luego se leyó la poesía premiada con la Flor natural, obra del notable poeta gaditano D. Juan Antonio Salido, que fué acogida con calurosos aplausos.

A continuación, el Sr. Alba pronunció un elocuente discurso, en el que elogió a la mujer andaluza y a la reina de la fiesta, en-

36 banderas laureadas con la corbata de San Fernando, llevando cada una un piquete que daba guardia de honor y acompañadas de una compañía del regimiento de Alava, con bandera y música. Terminada la misa, que rezó el capellán castrense de la plaza, desfilaron todas las fuerzas por el orden de formación.

Muy solemne fué también el acto de inaugurar las lápidas colocadas en la fachada de la histórica iglesia de San Felipe y que han sido donadas por varios ayuntamientos de España y por varias repúblicas americanas. El presidente de la Sociedad Económica Sr. Aramburu ensalzó la labor de las Cortes de Cádiz, terminando con vivas a Cádiz, a España y a América; el catedrático Sr. Ventin dedicó sentidos elogios a quienes han tributado un homenaje a los diputados de las Constituyentes; el Sr. Pastor, chileno, abogó por la unión hispanoamericana; el representante del Ayuntamiento de Valencia saludó a Cádiz y recordó la labor de los dceceñistas valencianos; el Sr. Marchena, representante de la Sociedad Colombina de Huelva, hizo un parangón entre Huelva y



El mantenedor Sr. Alba, ministro de Instrucción Pública, y los poetas premiados



Acto de descubrir la lápida conmemorativa regalada por los españoles de Cuba, Chile y México. (De fotografías de López y García.)

Cádiz y terminó con vivas a la raza española; el Sr. Armenteros, representante de Cuba, pronunció elocuentes y patrióticas frases; el Sr. Labra declaró haber recibido el encargo de la Unión latina de París para representarla en aquel acto; el alcalde de Cádiz dió las gracias a los extranjeros enviados a las fiestas del Centenario, y el gobernador, en nombre del gobierno, aceptó las lápidas y ofreció dar cuenta del acto a S. M.



Las banderas laureadas con la corbata de San Fernando durante la misa de campaña

## MATRIMONIO SECRETO

NOVELA ORIGINAL DE PABLO BERTNAY.—ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA. (CONTINUACIÓN.)



... y alargando la mano hacia su chaleco, sacó el reloj

—Diré a usted; juega fuerte y bien, y más veces gana que pierde...

—Después de todo, ¡conozco a tantos que no tienen más que este medio para vivir, y aun para vivir holgadamente!..

—Él es uno de ellos, y creo que, contando lo que le envía el viejo y lo que él gana pintando, su negocio más claro, en definitiva, es el bacará. Pero en el juego hay días de mala suerte y en estos días si no hubiese sido por mí se habría visto en grave compromiso. Ni sé las veces que le he salvado.

—Bien puede decir que estuvo afortunado cuando la encontró a usted.

—Más que yo, exclamó Francina arrugando el entrecejo.

—Vamos, no diga usted esto, puesto que mañana tendrán ustedes dos una fortuna.

—Una fortuna..., una fortuna... Todavía no la tenemos.

—Como ustedes decían...

—Sí, espero, cuento con que vendrá, pero, ¿y si por cualquier circunstancia no viniese?... Ponga usted a Ludovico casado con una muchacha joven... y bonita, por más que él diga, el hipócrita...

—Esto es cuestión de gustos...

—Es bonita, se lo digo a usted..., mucho más bonita que yo, y ha de ser mucha verdad para que yo lo confiese... Y entonces sería un bromazo verme abandonada por una muñequita que ni siquiera trae con que pagarme un céntimo de lo que él me debe... Porque, ¡me debe, vaya si me debe! ¡Qué necias son las mujeres que se buscan apuros cuando podrían vivir tan dichosas! Pero se pierde la cabeza y cuando vuelve la razón ya es tarde.

—Vamos, no se exalte usted. Si esa muchacha tiene dinero o ha de tenerlo, un día u otro el dinero vendrá.

—Pero, ¿cuándo, cuándo?..

—¡Yo qué sé!, respondió Cesáreo riendo. Me figura que debe tratarse de alguna herencia, y en este caso habrá que esperar la muerte del pariente que ha de dejársela.

—El pariente ha muerto ya.

—Pues entonces no tiene más que cobrarla.

—No, porque ha de ser reconocida como heredera.

—¿De modo que todavía no lo ha sido?

—No.

—Sin embargo, me parece que no es cosa tan difícil ni tan larga saber si se tiene o no derecho a una herencia.

—Esto cree usted. Pues bien, la cosa no es tan sencilla como usted se lo figura. Ludovico se juega su suerte a una carta; puede ganar, pero puede también perder. ¡Ah! Si a lo menos pudiera consultarse con un abogado..., siquiera sabría uno a que atenerse.

—¿Y por qué no consulta usted?

—¿Consultar?, replicó Francina encogiéndose de hombros. Es imposible decir a nadie una palabra de este asunto. Si la muchacha y su madre sospechasen siquiera lo que nosotros sabemos, el negocio fracasaría.

—¿Cómo es esto?

Francina, impulsada por esa necesidad de confidencias que se siente en los momentos difíciles, prosiguió:

—Es una historia extraordinaria. Figúrese usted

que esa madre y esa hija ignoran que tienen derecho a esa herencia.

—¡No es posible!

—O, a lo menos, no saben que Ludovico o, por mejor decir, un amigo de Ludovico ha encontrado el medio de proporcionarse todos los documentos que ellas creen perdidos..., en una palabra, todo lo que les es indispensable para que su derecho sea reconocido.

—¡Es curioso!

—Tal como se lo digo a usted. Actualmente, esas dos mujeres no pueden hacerse dar un céntimo del dinero que legalmente les pertenece.

—¿Y se trata de mucho dinero?

—Ya lo creo, de millones.

—¡Oh!

—Palabra de honor. Pues bien, esos millones les pasan por delante de los ojos y ellas no pueden tocarlos ni con las puntas de los dedos. Son historias antiguas..., de casamientos..., de muertes ocurridas en el extranjero..., en el corazón de América. Y de todo esto ellas no tienen ni un papel, nada... Y hasta han renunciado a llevar el apellido a que tienen derecho.

—¡Es asombroso!

—Y a todo esto se mueren de hambre y no tienen para el porvenir otra perspectiva que continuar así hasta el fin de sus días.

—¿Y no se mueven? ¿No intentan nada? ¿Se quedan tan tranquilas, sin dar ningún paso?

—Ya han intentado..., la madre, por lo menos, hace cosa de veinte años; pero se burlaron de ella y nada sacó. Desde entonces ha renunciado a hacer ninguna gestión.

—De modo que ahora...

—Ahora han tomado su partido y no cuentan ya ni con la fortuna, ni con el apellido, ni con nada, como si nada tuvieran que ver con todo ello.

—Y sin embargo...

—Sin embargo, tienen derecho a ello..., todo les corresponde y Ludovico tiene todas las pruebas, todos los papeles.

—¿No decía usted que quien los tenía era su amigo?

—Es lo mismo; ya comprende usted que están asociados en este negocio.

—Y usted también...

—Yo también, naturalmente.

—De modo que Ludovico y su amigo han dicho a esa señora...

—No, no le han dicho nada. Si ella sospechase lo que traen entre manos no querría nada con ellos.

—Es claro, porque ante todo se haría entregar esos documentos.

—En cuanto a esto lo veo difícil, porque si usted conociese al que los tiene desde hace unos veinte años, sabría que no está dispuesto a soltarlos... En primer lugar, no hay en el mundo más que un hombre que sepa en dónde están escondidos, y este hombre es él; y para hacerle confesar el sitio en donde los ha puesto, no serían bastantes todos los jueces, ni todos los procuradores de la República juntos. ¡Ah! No le conoce usted.

—Admitido. Pero era muy sencillo ir a encontrar a la madre y decirle francamente: «Esto hay. Toma y daca: si me caso con su hija, tendrá usted su fortuna, si no, no.»

—Sí, pero estas proposiciones dependen de la persona a quien se hacen; y esa madre y esa hija no son tan fáciles de manejar como usted se imagina... Habrían sido capaces de encalabrarse y decir: «Pues bien, preferimos morirnos de hambre a contraer un matrimonio que no nos agrada.»

—Me deja usted asombrado.

—En fin, podía sobrevenir una multitud de complicaciones, por lo cual han preferido adoptar otro procedimiento..., no decir nada.

—Comprendo. Hacen ver que se casan como si nada supiesen...

—Como si Ludovico se hubiese enamorado locamente de la chía y la tomase sin dote.

—¿Y el viejo?

—¿Qué viejo?

—El militar retirado.

—¿El padre de Queyrel?

—Sí, ¿está también en el ajo?

—¡Éh! ¡Ni por pienso!

—En este caso, ¿qué dice a todo esto?

—Está ignorante de todo, como esas mujeres. Cree que la muchacha no tiene ni tendrá nunca un céntimo.

—No le habrá gustado mucho que su hijo se case con una pobre...

—... Y que ni siquiera lleva el apellido de su padre... Parece que esto le ha contrariado mucho... ¡Lo que nos ha costado lograr su consentimiento!...

—Se resistía...

—¡Ya lo creo! Y como Ludovico es aún demasiado joven para poder prescindir de su autorización...

—Aquella resistencia echaba por tierra el negocio.

—Pero Ludovico tuvo una idea...

—¿Qué diablo se le ocurrió?

—Escribió al viejo que había cometido un delito...

—Con la joven...

—Usted lo ha dicho... Que la había comprometido..., que antes de conocerle a él era una joven honrada..., que la cosa iba a tener consecuencias y que, por lo tanto, era preciso apresurarse si querían evitarse escándalos y desgracias... El otro, que es de los rancios, cuando supo de lo que se trataba, se indignó contra su hijo, pero no se resistió más y envió su maldición y su consentimiento.

—He aquí otro engañado.

—Que se sorprenderá mucho cuando sepa, después de la boda, que su nuera es millonaria...

—Porque sólo hasta después de la boda, Delorme...

Cesáreo, después de pronunciar este nombre, se mordió los labios, pero era tarde; la palabra imprudente había sido pronunciada y oída. Francina dió un brinco y con ojos de inquietud y de desconfianza, miró de arriba abajo a aquel amigo de ocasión a quien horas antes no conocía.

—¡Delorme!, exclamó. ¿Cómo sabe usted?

—Yo nada sé, replicó Cesáreo procurando dominarla con su audacia. Solamente supongo...

—¿Qué supone usted? ¿Por qué me habla usted de Delorme? ¿Qué puede hacer creer a usted?... ¿Y de qué le conoce?

Todas estas preguntas acudían precipitadamente a los labios de Francina, mientras instintivamente se apartaba de Cesáreo, como se aparta uno del borde de un abismo que se presenta repentinamente. Honorat quiso todavía probar de engañarla.

—Le conozco de vista, dijo; es un antiguo jinete que aún se ocupa en caballos.

La explicación era plausible, pero Francina no se convenció.

—Todo esto, dijo, no me explica por qué mezcla usted a ese Delorme en esa historia, que he hecho mal en contar a usted.

—Sí, se explica, porque he encontrado muchas veces a su amigo de usted con Delorme.

—¿Dónde?...

—No recuerdo a punto fijo... Espere usted...

—Y aunque así fuese, ¿qué probaría esto?

—Como los veía siempre juntos, me he figurado que Delorme era el asociado de quien hablaba usted. Si me he equivocado, la cosa no tiene importancia.

Y tratando de volver la conversación al terreno de donde tan lamentablemente la sacara, preguntó:

—¿De modo que no es él?

—No, respondió secamente Francina.

Y cortando por lo sano, añadió:

—Pero, van a dar las dos y he de marcharme.

—¡Ya!, dijo amablemente Cesáreo. Decía usted que no tenía sueño... Hace un momento lo ha repetido...

—Hace un momento sí; ahora es distinto, respondió Francina con mal modo.

—Entonces, acompañaré a usted...

—Es inútil...

—Como amigo, por supuesto, apresuróse a añadir.

Francina le miró con altivez como diciéndole: «¿Se había figurado usted que podía ser de otro modo?»

—A lo menos, insistió Cesáreo, la acompañaré hasta el coche.

—Le he dicho que es inútil. Acabará usted por hacerme sospechar que su insistencia es para conocer mi dirección, cuando se la dé al cochero... Buenas noches.

Y salió como princesa encolerizada.

—¡He metido la pata!, murmuró en tono lastimero Cesáreo, viéndola partir.

He aquí los inconvenientes de un entusiasmo temporáneo. Francina marchaba al pelo, tanto que Cesáreo se dejó interesar por la historia que le refería, y como un espectador apasionado con exceso, la interrumpió con una exclamación involuntaria y sobre todo, ¡ay!, intempestiva. Y, ¡cataplum! De pronto todo se había venido abajo y habían terminado la familiaridad y las confidencias; y aquella mujer franca, parlanchina, que habría dicho aún mucho más, y esto que no había dicho poco, se había transformado en una mujer hostil, desconfiada que se marchaba a toda prisa.

—Después de todo, dijose Cesáreo mientras pagaba su cuenta para marcharse, lo que me ha contado es suficiente para llevar una buena información al Dr. Lecoutellier... Lo malo es que Francina ha visto el juego y es muy capaz de ir a prevenir a Delorme... Pero aun siendo así, ¿de qué podrá prevenirle? Podrá decirle que el Sr. Honorat, picador del Tattersall, ha bromeado con ella y que parece tener baruntos de las relaciones existentes entre los dos bribones que con ella se entienden para explotar a la señorita Rolanda... Y con esto, ¿qué le hará saber que pueda sorprenderle y alarmarle?... De aquí a que Delorme sepa que este Honorat es su antiguo cabo de los cazadores de África, y de aquí a que se entere de que este Honorat trabaja por cuenta del doctor Lecoutellier y de la señora de Aspremont, habrá tiempo sobrado para que el doctor haya avanzado mucho en su tarea... Además, añadía tranquilizándose poco a poco, es de suponer que Francina no se dará mucha prisa en confesar que me estaba contando lo que seguramente le han recomiendo que no diga nunca a nadie... Ella sería la primera en tocar las consecuencias... No; se habrá guardado su malhumor para ella sola y habrá ido a acostarse en espera de los acontecimientos. Por otra parte, ¿adónde iría ahora a buscar a Delorme?... Hablaban de un viaje que «el otro» había tenido que hacer a Ruán para traer un testigo... El otro es Delorme; y si está en Ruán y no vuelve hasta mañana por la mañana, no es posible que Francina vaya a conferenciar con él en su casa... De manera que ella se ha ido positivamente a la suya... Y yo también me voy; pero no a acostarme, porque tengo que comunicar cosas importantes y los minutos son, esta noche, demasiado preciosos.

Así, en cuanto Agustín le hubo dado la vuelta de su cuenta, Cesáreo tomó su sombrero y se apresuró

a salir de aquel antro musical cuyas delicias no apreciaba.

Y abriendo la portezuela de un simón cuyo cochero y caballo dormitaban junto a la acera de las Rocas Negras, dió al automedonte las señas de la casa del Dr. Lecoutellier.

V.—EN QUÉ HABÍA INVERTIDO CLAUDIO SU TIEMPO

Media hora después, un violento campanillazo sonaba en la puerta del pabelloncito, campanillazo seguido de un repiqueteo, porque Cesáreo se decía:

—El doctor debe dormir ya... Además está solo, puesto que Rosalía monta la guardia en la avenida de los Ternos. Es menester, pues, primero despertarle y luego hacerle comprender con mi alboroto, que sucede algo importante.

Y volvió a llamar de firme hasta que, muy poco después, oyó pasos en el corredor de la planta baja.

—No ha tardado mucho en saltar de la cama y ponerse unos pantalones, pensó Cesáreo.

Pero con gran asombro suyo, Claudio estaba enteramente vestido cuando le abrió la puerta.

—¡Ah, es usted, Sr. Honorat! Me lo figuraba. ¿Tiene usted algo que contarme?

—Muchas cosas, señor doctor. Pero, ¿no estaba usted acostado todavía?

—No.

—¡A las dos y media!

—¡Oh! No perdía el tiempo.

Mientras hablaban, habían entrado en el comedor cuya mesa estaba llena de frascos, de probetas de un arsenal de química en pequeño.

—¿Estaba usted haciendo experimentos?

—Uno solo... Pero ante todo hable usted.

—¿Yo? Pues digo que Ludovico es un bribón del mismo modo que Delorme es un canalla.

—Confieso a usted que esto...

—¿No le dice nada nuevo?... Espere usted... ¡Ahí van novedades! Los dos se han asociado para dar un golpe enorme por medio y en detrimento de la señorita Rolanda. Y este golpe consiste en apoderarse, valiéndose de la muchacha, de la fortuna que dejó el conde de Aspremont.

—¿Cree usted?

—Es tal como digo. Conocen, ya le dije a usted cómo, toda la historia de mi pobre teniente y de la señorita Casteras..., de la señora de Aspremont, hablando más exactamente.

—¿Y cómo pretenden, sabiéndola?...

—Esto es lo más interesante.

Y sin más preámbulos, porque los minutos eran preciosos, prosiguió:

—Delorme tiene en su poder todos los documentos que prueban el derecho de la señora de Aspremont y de su hija, y, en cuanto su bribón de asociado se haya casado con la señorita Rolanda, piensa sacarlos a luz y en seguida, ¡a repartirse los millones!

—¿Tienen los documentos! ¿De modo que el fué quien los robó?

—Como que estaba en buenas condiciones para hacerlo.

—¿Pero cómo pudo?... ¿Cómo tuvo tiempo?... ¿Cómo se le ocurrió tal idea?...

—La idea debió ocurrírsele cuando asistió a los últimos momentos, cuando oyó las supremas declaraciones de mi pobre teniente... En cuanto al tiempo y a la ocasión, los tuvo cuando después de la batalla acudíamos alocados a socorrer a nuestros moribundos; cuando la iglesia, en aquellos momentos, estaba desierta...

—En fin, todo esto importa poco; la cuestión es que tiene los documentos...

—Y que se dispone a hacer de ellos el uso que ahora usted sabe.

El doctor, al pronto, no contestó; parecía abismado en una meditación profunda.

—He aquí, murmuraba, la explicación de lo que hasta el presente era inexplicable... Desde hace diez y siete años es un ladrón, un ladrón vulgar que persigue una operación de la cual espera sacar una cantidad enorme... Pero poco se figura él..., añadió sonriendo irónicamente.

Mas como si su pensamiento volviese de pronto a las cosas urgentes, preguntó:

—¿Y cómo ha averiguado usted todo esto, señor Honorat?

—¿Mi artimaña? Oiga usted señor doctor.

Y rápidamente refirió a Claudio lo que acababa de suceder en las Rocas Negras.

—¡Ah!, exclamó al terminar su relato. ¡Si yo hubiese podido retener ese maldito nombre que se me ha escapado!... ¡Cuántas cosas más podría decir a usted!... Pero, ¡qué vamos a hacerle!, salió como disparado... Y una vez fuera, imposible trágárselo otra vez... ¡Y aquella mujer que en seguida se ha puesto en

guardia y me ha enviado noramala cuando he intentado reanudar la conversación!. La verdad es que he estado torpe...

—Pero lo que ha conseguido usted es admirable. Con lo que ahora sabemos, no sólo podemos poner término a las tentativas de esos bandidos...

—Esto ya me lo figuro.

—... Sino, además, hacer que esa intriga redunde en beneficio de esas pobres mujeres...

—¿Lo cree usted así?

—Es que yo también me he movido, también he trabajado y puedo decir que no he perdido el tiempo.

—¿Puede usted relatarme lo que ha hecho?

—Todavía no; hay antes algo más urgente y es hacer intervenir a una persona con quien ahora cuento como con un leal aliado.

—¿Y esa persona es?..

—El hombre cuyo verdadero carácter acaba usted de hacerme conocer y cuya desgracia comienzo a adivinar.

—Apuesto a que se refiere usted al comandante...

—Sí, al Sr. de Queyrel.

—¿Va usted a servirse de él?

—Inmediatamente.

—¡Pero si está al fin del mundo ese comandante!

—En Saint-Raphael..., lejos está, en efecto, y además ese pobre señor, según parece, hállase impedido...

—Lo cual complica nuestro asunto.

—No; si es un hombre honrado como supongo, ni la distancia, ni los achaques le impedirán venir.

Y sentándose a la mesa del comedor, llena, como hemos dicho, de frascos y de probetas, a aquella vieja mesa en la que tanto había trabajado en otro tiempo, en la que había visto transcurrir tantas horas felices y en la que había vivido tan crueles tormentos, el Dr. Claudio cogió un pliego de papel y escribió:

«Señor comandante de Queyrel. Saint-Raphael (Var).

»El acto civil para el cual acaban de pedir el consentimiento de usted es una mala acción y una especulación vergonzosa. Trátase de comprometer a usted en una deshonrosa intriga. Puede usted llegar a tiempo de impedir que el daño se consume. En nombre de su honor y para salvar de la infamia a una persona muy querida de usted, póngase usted en camino en cuanto reciba este telegrama. Espero a usted en mi casa, en donde encontrará usted explicaciones, ayuda y simpatía.»

Y firmó:

«Doctor Claudio Lecoutellier, miembro del Instituto. Calle de la Torre. París.»

Entregó luego el papel a Cesáreo diciéndole:

—Es preciso que este telegrama salga inmediatamente.

—En menos de una hora voy y vuelvo con tal que encuentre cerca de aquí un coche.

—Pues entonces, vuelva usted pronto, porque tenemos aún mucho que hablar y, sobre todo, que hacer.

Correr al telégrafo, expedir el telegrama y regresar a la calle de la Torre, fué en efecto obra de menos de una hora. Cesáreo había tenido la suerte de encontrar, casi al lado de la casa del doctor, un coche que iba de vacío, y para dar alas al caballo, había empleado en el acto con el cocheru el argumento irresistible de la buena propina.

—¿Está ya?, preguntó el doctor al abrirle la puerta.

—Ya está. El telegrama se pasea en estos momentos por los alambres del telégrafo.

—Siendo así, calculó Claudio que había consultado un indicador, pasado mañana...

—¿Podría estar aquí el comandante?..

—Sí, a primera hora.

—¿Y mañana?..

—Demasiado lo sé... Hay que pasar el día de mañana y convendría pasarlo sin que esos bribones sospechasen nuestro plan de campaña...

—Después de todo, aunque lo sospecharan..., una vez conocidas sus intenciones...

—¡Ah, no, amigo Cesáreo! Ya he dicho a usted que es menester que todo esto redunde en provecho de mis pobres amigas. No olvide usted que Delorme posee...

—Lo que usted querría hacer pasar del bolsillo de éste al de la señorita Rolanda... Advierto a usted, señor doctor, que la cosa será difícil.

—¿Quién sabe!

—Es que conozco a mi hombre y sé de qué resistencia es capaz.

—Pero yo estoy buscando su culpabilidad en ciertos hechos.

—Ya le he dicho a usted cuál es su culpabilidad;

pero con ello no le pondremos en las garras del procurador de la República...

—¿Y usted cree que si cayese?..

—¡Vaya usted a saber!. En la sombra, las ideas varían... Además los jueces de instrucción tienen una maña... Pero no van a meterle en la cárcel por habladurías de una cualquiera... En primer lugar, ¿quién formularía la denuncia? Supongo que no aconsejaría usted a la señora de Aspremont, dada su situación irregular, que la formulase... ¿Quién sería, pues?

—¿Y si Delorme hubiese cometido otros delitos?

—¡Oh! Muchos ha debido cometer... Hacer la lista de ellos no sería fácil y además sería tarea larga.

—Por esto me he limitado a los que directamente nos interesan.

—¿Y cuáles son éstos?

—Cuando digo a usted que no he perdido el tiempo...

—Ya lo supongo.

—Y ahora que podemos hablar con calma, porque hasta que amanezca nada tenemos que hacer, voy a ser yo quien refiera a usted...

—¡Por Dios, señor doctor, explíquese pronto que la impaciencia me consume!

—Pues bien, cuando nos separamos, fuíme directamente a la Prefectura de policía...

—Era ya un poco tarde.

—No, las cinco... En aquella hora se encuentra a todo el mundo y además sólo he hallado facilidades y deseos de complacerme.

—¡Ya lo creo!. ¡El doctor Lecoutellier!..

—Sí, efectivamente, mi nombre me ha abierto esta noche puertas generalmente cerradas a esas horas intempestivas.

—En fin, ha visto usted al prefecto...

—Al prefecto no, pero sí a quien le toca muy de cerca y que me ha confirmado que, desde mi partida nunca se ha tratado siquiera de causar la menor molestia a la señora ni a la señorita Casteras.

—¿Y aquel agente de seguridad?

—Fué una misticación abominable.

—¡Ah, pillos! ¡Ellos tramaron la cosa!

—Lo mismo he deducido yo; y este descubrimiento me ha llevado a otro... El robo...

—¿El robo del arca de caudales?

—Sí, he conseguido que me enseñaran las informaciones y los atestados del comisario del barrio y del servicio de la Seguridad...

—Y...

—Y he descubierto en ellos cosas muy curiosas, se lo aseguro a usted.

—¿Cuáles?.. Ahora me hace usted pensar y entrar en sospechas...

—Pues bien, en aquel expediente he visto que era imposible, materialmente imposible que el arca saliera de la casa sin que el portero lo viese... Habría sido preciso aprovechar un momento en que aquel hombre estuviese ausente, y él afirmaba enérgicamente no haber salido de la portería.

—¡Ah, bah!

—Esto me intrigaba un poco. En el parte del comisario he visto que éste sospechaba que el portero no decía la verdad y suponía que el hombre se había ausentado, tal vez atraído por un cómplice, y como ausentándose había faltado a su obligación no había querido confesarlo. La explicación era plausible.

—Ciertamente.

—Pero yo me decía que si aquel hombre por casualidad, no había mentido, había que deducir de ello que el arca no había salido de la casa, y me preguntaba adónde, en este caso, había podido ir a parar...

—¡Pardiez, al taller!

—He guardado para mí solo mis impresiones, pero he logrado que el portero fuese llamado...

—¡A la Prefectura!

—Ya le he dicho que aquellos funcionarios se habían mostrado muy serviciales.

—Y el portero...

—El portero..., los porteros, mejor dicho, porque son dos, marido y mujer, han hablado, y mucho.

—¿Sobre el robo, en primer lugar?

—Sí. Aquel Sr. Guichardón hablaba con acento de perfecta sinceridad cuando juraba por lo más sagrado que ni un minuto se había separado de su mesa de sastre desde donde vería un ratón que se moviese en la escalera.

—Pues esto sería una confirmación...

—No tan de prisa, amigo Cesáreo... Sería, a lo sumo, la presunción de un nuevo delito de nuestro Delorme... En cambio la señora Guichardón me ha suministrado la prueba de otra fechoría.

—¿De cuál?

—De una fechoría que yo sospechaba... He lleva-

do la conversación a este terreno y no me ha costado gran trabajo hacer confesar a la portera que Delorme se había hecho entregar por ella la carta en que yo anunciaba a Rolanda mi partida para un largo viaje.

—De modo que ella la había interceptado...

—Ella no; él.

—He aquí por qué la señora de Aspremont no sabía ni adónde escribir a usted, ni a quién dirigirse en un caso imprevisto, ni la época del regreso de usted.

—Y he aquí por qué Delorme tenía tanta prisa...

—En casar a su cómplice durante nuestra ausencia.

—Aunque para ello fuese preciso recurrir a los grandes medios.

—¿Qué medios?

—Los que han utilizado. ¿No le han sorprendido a usted todavía la persistencia, la acumulación de incidentes, de desgracias, de desastres que en pocas semanas, a partir del día siguiente de mi salida de París, han puesto a mis pobres amigas en una situación tan inverosímilmente desesperada?

—La verdad es que era una racha de mala suerte...

—Que no se explicaba, de no haber habido una mano que lo produjera.

—¿También fueron ellos?

—Me he dicho que tal vez tenía un medio de cerciorarme...

—¿Sabe usted, señor doctor, que habría sido usted un gran juez de instrucción?, exclamó Cesáreo cada vez más interesado en el asunto.

—¡Pero si era la cosa más sencilla!..

—A pesar de lo cual, en la Seguridad nadie, antes de usted, había pensado en ello.

—Porque allí nadie tenía en ello un interés personal. Y cuando no es este sentimiento el que dirige los actos de los hombres... Ya lo dijo hace mucho tiempo Larochefoucauld... Pero ahora no se trata de Larochefoucauld, añadió sonriendo mientras Cesáreo ponía unos ojos de asombro, pues su educación ecuestre no le había familiarizado con los filósofos del gran siglo.

—En efecto, replicó el picador; ahora se trata de nuestros dos hombres.

—Y de las que han estado a punto de ser sus víctimas. Vuelvo, pues, a mi relato. Al hojear la información del comisario de policía de la calle de Fourcroy, había yo observado una averiguación interesante hecha por aquel magistrado... Para alejar de su casa a la señora de Aspremont y a su hija, los ladrones les habían escrito una carta procedente, al parecer, de una agencia de colocaciones y en la que se las invitaba a presentarse en una casa de educación de Joinville-le-Pont...

—En la cual se quedaron sorprendidos al verlas puesto que no las habían llamado.

—Exactamente. Ahora bien, para alejar después a la criada, que hubiera sido otro estorbo para los ladrones, habíase empleado un medio análogo, enviándole, apenas sus señores hubieron partido para Joinville le Pont, una carta dándole una cita urgente y al otro extremo de París, a la Plaza de la Bastilla...

—Ya sé, ya sé... una carta firmada por un pasante de notario sobre una herencia... Oí cómo la señorita Rolanda se lo contaba a usted... El golpe era maestro...

—Y denunciaba a gentes muy enteradas de los asuntos de esas señoras y de su criada Octavia...

—Es verdad, gentes que sabían día por día lo que en casa de ellas pasaba.

—Pues bien, el comisario en su información, había comprobado que aquellos individuos ni siquiera se habían tomado la molestia de variar su escritura al fabricar aquellos dos documentos falsos: una misma mano había escrito la carta de la agencia y la del pasante de notario... Y el comisario, al observar esta identidad, había guardado aquellos documentos como piezas de convicción; así es que figuran todavía en el expediente y en éste he podido yo mismo comprobar este detalle interesante.

Cesáreo parecía un tanto contrariado porque esperaba mucho más.

—Sí, dijo, muy interesante, no lo niego; pero, ¿qué prueba esto contra nuestros individuos? ¿Tiene usted algo escrito por ellos? ¿Es la misma letra?

—No tengo nada escrito por ellos; y por otra parte, mucho me sorprendería que Delorme o de Queyrel hubiesen cometido la imprudencia de dejar de este modo una prueba irrecusable de su culpabilidad. Estoy convencido de que fué otra persona la que sirvió de secretario.

—Si fueron ellos quienes cometieron el delito.

—Seguramente.

(Se continuará.)

CÁDIZ.—FIESTAS DEL CENTENARIO DE LA CONSTITUCIÓN Y DEL SITIO DE 1812

Cádiz ha solemnizado con grandiosos festejos el Centenario de las Cortes y del Sitio

do por el capitán general marqués de F. S. tella, representante de S. M. el Rey en las



D. Alberto Mencos, enviado especial de Guatemala.



D. Rafael Guirola, enviado especial de San Salvador



D. César Gondra, enviado especial del Paraguay



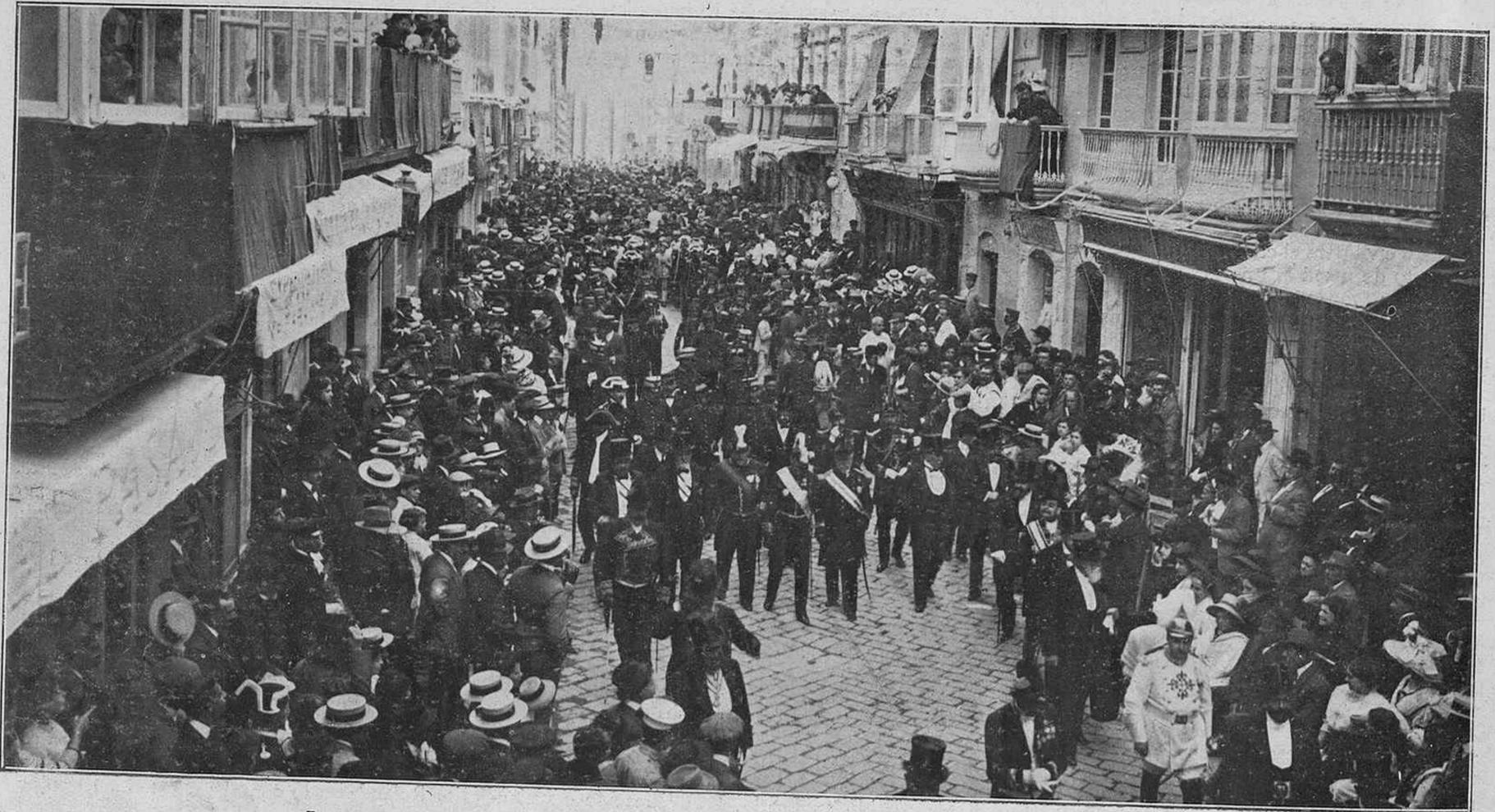
D. Pedro Manini, enviado especial del Uruguay

(De fotografías de Asenjo y Salazar.)

memorables de aquella ciudad. Algunas de ellas quedan reseñadas en la página 678; en ésta hemos de limitarnos, a

das por los ayuntamientos de España y las repúblicas americanas.

fiestas del Centenario, y al que concurrieron las autoridades, corporaciones, misiones americanas, los laureados con la



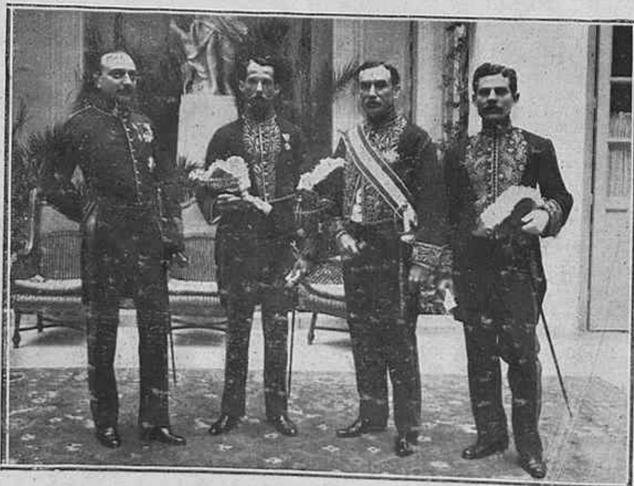
La procesión cívica a su paso por la calle Columela. (De fotografía de López y García.)

causa de la falta de espacio, a hacer una descripción muy sucinta de todas las que figuraban en el programa.

El día 2, reunidas en la Sociedad Económica las comisiones de las corporaciones y centros y las personalidades invitadas, dirigiéronse procesionalmente al Ayuntamiento para recoger a la corporación municipal y desde allí al templo de San Felipe para inaugurar las lápidas conmemorativas don-

El día 3 efectuóse una brillantísima recepción en el salón del Trono de la Diputación provincial, acto que fué presidi-

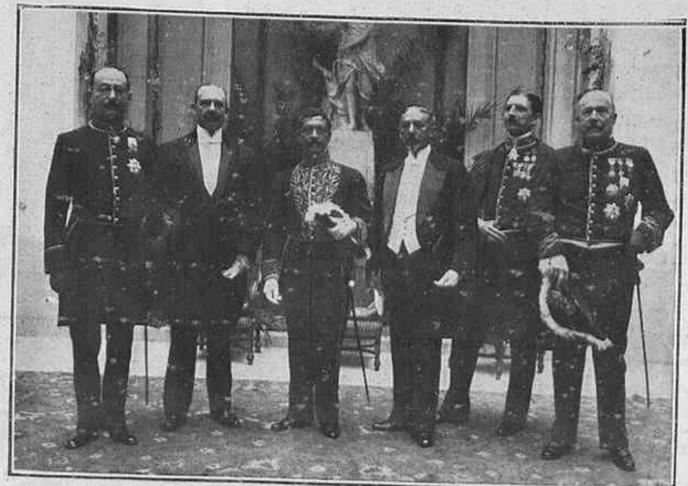
cruz de San Fernando, los alcaldes de la provincia, etc. Después se celebró en el Ayuntamiento el banquete ofrecido por el gobierno a los representantes hispanoamericanos y al final del cual pronunciaron elocuentes brindis el ministro de Estado y el general Cáceres, representante del Perú. Por la tarde se efectuó la grandiosa procesión cívica, que presidieron los ministros de Estado, Marina, Instrucción Pública y



La misión especial de San Salvador



D. Enrique Deschamps, representante de la República Dominicana (De fotografías de Asenjo y Salazar.)



La misión especial de Guatemala



Cádiz. Las fiestas del Centenario.—La procesión cívica. Llegada del gobierno a la tribuna. (De fotografía de López y García.)

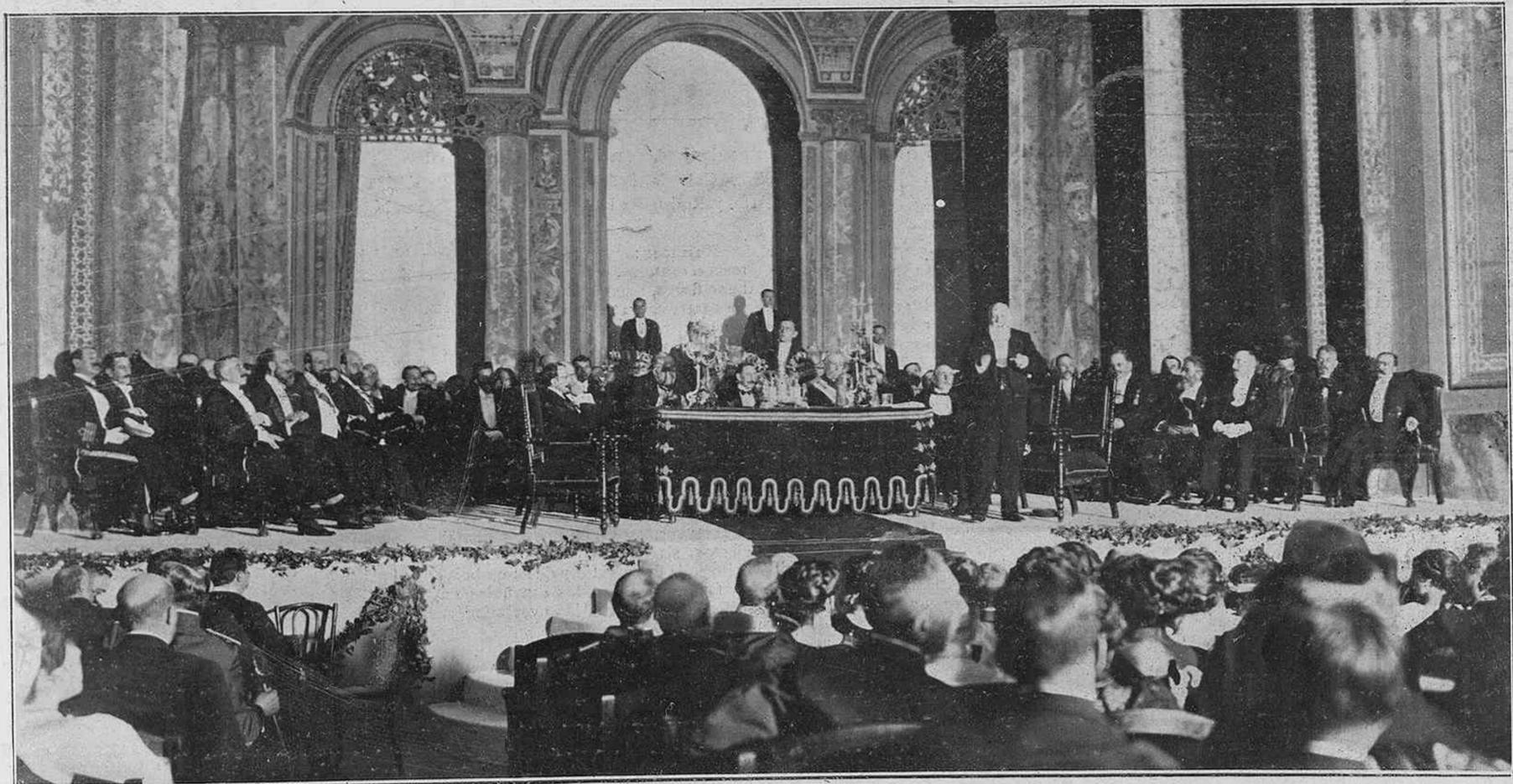
Gracia y Justicia, y los Sres. Moret, Labra y Figueroa Alcorta, y en la que figuraban todas las corporaciones oficiales y particulares y numerosos invitados. La procesión, cuyo paso por las calles fué presenciado por un gentío enorme, se disolvió en la Plaza de la Constitución después de haberse leído varios artículos de la Constitución de 1812 y de haber-

se cantado por un coro de 400 voces un himno patriótico. Por la noche, en el Gran Teatro, celebróse una velada hispanoamericana, en la que pronunciaron elocuentes discursos los Sres. Labra, Figueroa Alcorta y García Prieto, siendo la nota dominante en todos ellos el sentimiento de la mayor fraternidad entre España y los pueblos de la América española.

Los festejos del día 4 fueron una misa de campaña, desfile de tropas, banquete militar y Juegos Florales.

El día 5 inauguróse solemnemente el Museo Iconográfico y por la noche hubo la velada parlamentaria.

Una excursión a Jerez de la Frontera puso término a los festejos del Centenario. — T.



La velada hispano americana celebrada en el Gran Teatro. La Presidencia. (De fotografía de López y García.)



## VINO y JARABE

DE  
**DUSART**  
al Lactofosfato de Cal

EL JARABE DE DUSART se prescribe a las nodrizas durante la lactancia, a los niños para fortalecerlos y desarrollarlos, así como EL VINO DE DUSART se receta en la Anémia, colores pálidos de las jóvenes, y a las madres durante el embarazo.

PARIS, 8, rue Vivienne y en todas las Farmacias.

**ANEMIA** DEBILIDAD Verdadero **HIERRO QUEVENNE**  
Curadas por el Verdadero El mas activo y economico, el unico Inalterable.— Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts. Paris.

Paris

1849

**PUREZA DEL CUTIS**

— LAIT ANTÉPÉLIQUE —

**LA LECHE ANTEFÉLICA**

ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa  
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA  
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA  
ARRUGAS PRECOCES  
EFLORESCENCIAS  
ROJECES.

Éste y conserva el cutis limpio y terso

Gasa CANDES

8-St-Denis, 16

PARA CURAR SIN MOLESTIA  
CALLOS y DUREZAS

**CALICIDA**

**ESCRIVA**

ES EL

UNICO REMEDIO DE ÉXITO SEGURO

BUENOS AIRES — LA EMBAJADA EXTRAORDINARIA PARA EL CENTENARIO DE LAS CORTES Y SITIO DE CÁDIZ



**Banquete dado en honor de la embajada en el Club Español**

Ocupaba la presidencia el Sr. Figueroa Alcorta, quien tenía a su derecha a los Sres. Calzada, Peña, presidente de la Patriótica Española y prefecto de policía, y a su izquierda a los señores ministros de España, Lezica Alvear, conde de Artal y Rodríguez Larreta. (De fotografía remitida por D. R. Monner Sans.)

No bien se supo que el Gobierno Argentino se asociaba al homenaje que España está organizando en honor de las Cortes de Cádiz, y que había nombrado, para que le representara, al expresidente de esta República Dr. D. José Figueroa Alcorta, brotó la idea de exteriorizar nuestras simpatías al país en cuyo seno vivimos, al embajador, noble amigo siempre de los españoles, y a sus dos secretarios, el uno, el Dr. David Peña, orador insigne y literato de fuste; el otro, el Dr. Ricardo Lezica Alvear, uno de los jóvenes mejor preparados de la actual generación.

La demostración se concretó a un banquete. El Dr. Fermín Calzada, presidente y alma del Club Español, puso todos sus empeños, que no son pocos, para que la fiesta resultara lo que fue, una espléndida manifestación de simpatía hacia los tres personajes que representarán oficialmente a la Argentina en lasuntuosas fiestas que ahí se preparan. El gran salón del artístico Club fué convertido en suntuoso comedor, alrededor de cuyas mesas se sentaron doscientos españoles representantes de la banca, del comercio, de las artes y las letras. Bien puede asegurarse que aquella noche — la del 28 de agosto — se reunió en el Club Español lo más selecto y granado de nuestra colectividad.

A la llegada del señor embajador la música dejó oír los acordes del Himno Argentino y luego la Marcha Real.

En un ambiente de cariñosa amistad y de exquisita cortesía hacia los invitados, transcurrió la comida, y llegado el momento de los brindis, ofreció la demostración, como dueño de casa, el Dr. Calzada, a quien contestó el Dr. Figueroa Alcorta con un bien meditado discurso, saludado, al terminar, con calurosos aplausos.

Después de un breve brindis de nuestro simpático ministro Sr. Soler y Guardiola, alzó la copa el orador poeta Dr. David Peña, y bien puede asegurarse que cada párrafo de su discurso se veía coronado por una salva de aplausos.

Seguíéronle en el uso de la palabra el señor conde de Artal, el Dr. Agote, que tan brillante papel está desempeñando en el Parlamento Argentino, el Sr. Blasco Ibáñez y el señor Manuel González.

Resumen: una comida de confraternidad hispanoargentina, que dió además lugar a un torneo oratorio, en el que si hubo frases de cariño para la patria del Dr. Figueroa Alcorta, hubo flores, muchas flores, para aquella matrona excelsa que después de completar la redondez de la tierra; mira y contempla enorgullecida, precisamente desde las costas gaditanas, cómo crecen, prosperan y se engrandecen sus hijas y principalmente esta República Argentina.

Unido al señor embajador por lazos de antigua y respetuosa amistad, y a los doctores David Peña y Lezica Alvear con ataduras de sincero cariño, sea LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA el portavoz, no ya de mis personales afectos, sino de los votos que por el éxito feliz de su viaje y de su embajada formulan todos los españoles en la República Argentina avocindados.

R. MONNER SANS.

Buenos Aires, septiembre de 1912.

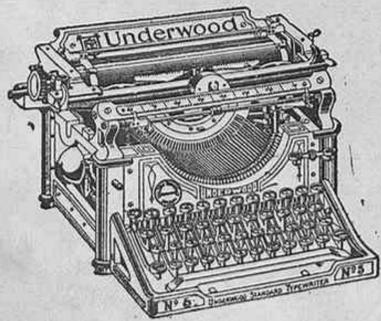
**AVISO A LAS SEÑORAS**

**EL APÍOL** DE LOS RES

**JORET HOMOLLE**

CURA  
LOS DOLORES, RETARDOS,  
SUPPRESSIONES DE LOS  
MENSTRUOS

F. G. SÉGUIN — PARIS  
165, Rue St-Honoré, 165  
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS



**Máquina de escribir**

**UNDERWOOD**

10 Grandes Premios \* 500.000 Referencias

GUILLERMO TRÚNIGER & C. \* BALMES, 7 \* BARCELONA

**PATE EPILATOIRE DUSSER** destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILIVORE DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN